

titos, y había con sus justicias y hasta con sus excesos amedrentado á muchos señores, y la guerra no reinaba muy lejos del señorial castillo. Luégo Melchor le había con franqueza y sinceridad hablado de las palizas del posadero, y le había dicho lo mal que podía pasarlo si consumaba violencias más ó menos admitidas por el uso, pero no sancionadas en ningún humano ni divino derecho. Y el conde, ardiendo en deseos de saciar su insaciable apetito, debía por fuerza, en atención á las circunstancias, debía ¡oh! apelar á contemplaciones, cuyas tardanzas compadecíanse poco, poquísimo, con los arrebatos é impulsos de su desapoderado temperamento. Y por una de las coincidencias, en nuestra humana vida frecuentes, cuando más absorto estaba en estas meditaciones, oyó disputar á sus espaldas, muy cerca, la voz conocida y corriente de su senescal con las desconocidas y discordes voces de varios rústicos vocingleros.

—¡Buena hora de venir!—decía el senescal.

—Tenemos prisa,—contestaba una voz de viejo.

—Pues no hay prisa que justifique la reapertura del archivo cerrado por las fiestas,

y el llamamiento de los escribientes adscritos al servicio de la nobleza comarcana reunida toda ella en este privilegiado sitio.

—Quiero casarme pronto y no estoy para sufrir largas por oficinescas rúbricas,—dijo una voz de joven.

—¿Te se hace la masa agria?—preguntó la voz gangosa del senescal redomado á la voz argentina del impaciente novio.

—Esa es cuenta mía. Y creo que á todo el mundo le sucederá lo mismo si encontrara entre naturales deseos y legítimas satisfacciones los divertimeintos y desahogos de unos cuantos plumíferos.

—Pues, mira, si tanta impaciencia tienes, saca fuerzas de flaqueza, que mucha falta con seguridad te hace, desbocado Santiaguillo.

—En el segundo mismo, en que la palabra «Santiaguillo» se difundía de los labios del senescal por el aire ambiente y del aire ambiente á los soberanos oídos del conde, lanzaba éste de los cubiletos en los dados una combinación de puntos negros tan nefasta, según sus terribles supersticiones, que se quedó tamaño de asustado y sin saber por donde penetraba mayor pena en su alma, si por los oídos ó por los ojos. Mas, así que re-

capacitó un poco, tras la impresión primera en el nombre de aquel refinado labriego, á quien había hecho en sus cavilosas su rival, dirigióse adonde hablaba el jefe de su servicio, y gritó á voces:

—Senescal.

—Señor.

—Dejad entrar esos labriegos.

—¿En medio de las fiestas?

—En medio de las fiestas. Ahora mismo. ¿En qué lengua he de hablar yo para que lleguéis á entenderme?

—Pues entrad,—dijo el senescal, con rabia no bien reprimida, inmediatamente á los labriegos.

—Gracias,—dijeron los labriegos inclinándose ante la persona del senescal en agradecimiento á la benevolencia de su jefe.

—No es tan malo el conde como decía Melchor,—exclamó Santiaguillo para sus adentros.

—Que busquen al notario mayor y abran las oficinas,—gritó el senescal airado.

—No, que vengan aquí, á mi presencia los vasallos,—dijo el conde con imperio.

—Hum...—murmuró Santiaguillo, al oír la palabra vasallo, que le recordaba la superior autoridad de su señor y la propia irre-

mediable humillación. Y mientras hería su corazón después de haber herido su tímpano, apareció á sus ojos, como recordándole todas las cosas pasadas y advirtiéndole de sus futuros daños y peligros la cara socarrona de Melchor, en cuyos labios se dibuja una horrible sonrisa.

—Adelantaos, bergantes.

—Sopla, bergantes...—dijo Santiaguillo á quien esta palabra le había sacado aún más de juicio que la palabra vasallo.

—Melchor se dió á reír, viendo la cara del joven, mientras los perros del castillo, ladrando furiosamente, llegaban á una en tropel como si quisiesen devorar á los recién llegados labriegos.

—Estos perros tienen al enemigo en el cuerpo—exclamó el conde,—pues distinguen al simple olfato la sangre noble de la villana sangre.

—¿Qué tal?—preguntó Melchor, á la puerta de la tienda en el oído de Santiaguillo, al penetrar éste á la presencia del conde, y oír tales palabras sobre los campesinos y los perros.

—Señor,—murmuró el tío Elías, en cuanto descubrió al soberano.

—De rodillas,—gritó el senescal.

En efecto, iban tres labriegos, el tío Elías en representación de Catalina, el padre de Santiago con igual intento que su consuegro, y Santiago. Los tres cayeron, pues, de rodillas ó hinojos al mandato del senescal, con la diferencia de que los viejos lo hicieron sin esfuerzo, casi de grado, como suele hacer todas estas cosas el hábito, y Santiago lo hizo bien á despecho suyo y con la vergüenza en el rostro, al par que por todo su cuerpo el temblor epiléctico de la rabia interior, aumentado por las estridentes carcajadas de Melchor, en cuyos estremecimientos oía el posaderillo una excitación á la guerra, que comenzaba con gradación, pero con eficacia, por natural virtud de todo aquel espectáculo, á sentir dentro de su propio deseo en secretos é indeliberados movimientos.

—Levantaos,—dijo el conde, mientras sus compañeros de juego se apartaban á un lado y los pajes venían á llevarse á los perros, que llegaron casi á morder, en su furia horrible, á los recién venidos é inesperados labriegos.

—¿Qué deseáis?—preguntó con imperiosa demanda.

—Pues ya lo diremos, en cuanto nos re-

pongamos un poco,—dijo el tío Elías, quien llevaba la representación de los tres, pues su futuro consuegro había declarado que no estaba resuelto á decir palabra de ningún género, aunque lo aspasen vivo.

—Hablad, pues,—repitió el conde.

—Señor, venimos á pedir una licencia,—dijo Elías.

—¿Para qué?

—Señor...

Y al tío Elías se le anudaba la voz en el garguero, y se le iba todo pensamiento de la mareada cabeza.

—Hablad...—Volvió á decir el conde.

—Pues, bien, señor, como nuestra pretensión es tan simple y suele con tanta facilidad lograrse, no estábamos apercebidos, y encontrándonos con tan poderoso señor, francamente, no sabemos por donde comenzar.

—Ya, ya,—dijo el conde, deseoso de oír la pretensión, aunque de sobra la sabía por los anuncios de Melchor y por la conversación oída entre los pretendientes y el senescal.

—Pues, el caso es, que este muchacho... dijo Elías, cada vez más desconcertado.

—¿Qué muchacho? preguntó el conde.

—Éste,—respondió el tío Elías, sacando al frente á Santiaguillo, quien se había quedado un poco á la penumbra y al paño, tras las espaldas de sus viejos acompañantes, entre los pliegues del gran tapiz que formaba la tienda y el grupo de los nobles jugadores y sus respectivos asistentes y pajes.

Al verlo el conde tan joven, tan apuesto, con la robustez propia de una complexión entre nerviosa y sanguínea, con la belleza varonil acrecentada por los ejercicios corporales y el trabajo continuo, sintió un movimiento de celos que le obligaron á reprimir las más vulgares consideraciones y los más sencillos deberes de su posición y de su rango.

—Bien, me parece bien,—dijo al vasallo el señor, por decir cualquier cosa, después de haber visto y revisto, mejor contemplado y escudriñado al joven campesino que debía con la joven, por él codiciada entonces, casarse.

—Y tú, ¿eres padre del muchacho?—preguntó el conde al tío Elías...

—No, señor, el padre no soy yo, es el compañero.

Y Elías señaló á su consuegro.

—¡Ah! tú...

El consuegro hizo una reverencia.

—¿Tú?

Y volvió el consuegro á hacer otra reverencia.

—¿Es mudo éste?—preguntó el conde, á cuya pregunta echaron los nobles el trapo á reír de gusto, y Santiaguillo los dientes á rechinar de rabia.

—Ya se ve, señor,—murmuró angustiada el tío Elías, como no estábamos apercebidos á lo inesperado, como creíamos encontrarnos con cualquier oficial de esta casa y no con el soberano en persona, sentímonos tan corridos y fuera de nuestro centro, que quisiéramos ser tragados por la tierra, temerosos de hacer ó decir cualquier barbaridad, achaque propio á miseros labriegos.

—¡Tú barbaridad!—repuso el conde. Quien no te conozca que te compre. Eres más leído que un doctor de Lovaina.

—Pues, bien, ya que me alienta el señor con su bondad,—añadió Elías con resolución, venimos á pedir licencia para la boda del joven Santiago, hijo de este mi compañero, con la joven Catalina mi hija, y vuestra sierva.

—Justo, mi sierva,—dijo el soberano,

recalcando la palabra humildísima del mi-sérrimo labriego.

—¡Ah!—exclamó Santiago, á cuya penetración de amante no se ocultó el íntimo significado de la voz expresivamente repetida.

—Y como es de rúbrica, señor, que los oficiales del palacio den á roso y belloso licencias y permisos de este género, eso pedimos, una simple autorización á la boda.

—Los oficiales dan esas autorizaciones por mi delegación...

—Claro es,—dijo el tío Elías.

—Y en el fondo quien las da soy yo, que tengo y ejerzo el supremo poder.

—Ya lo sabemos.

—Y por consecuencia...

El conde se paró ante la palabra consecuencia, temeroso de mostrar demasiado el fondo todo de su pensamiento.

—Señor,—volvió á decir el tío Elías, quien esmaltaba toda la conversación aquella, tan embarazosa, con este recalco á saciedad repetido.

—He visto al novio y me parece bien.

Santiagoullo inclinó profundamente la cabeza.

—Pero no he visto á la novia.

Santiagoullo perdió, al oír esto la luz de los ojos, y los dos viejos se quedaron fríos y rígidos como estatuas.

—Señor,—volvió á decir maquinalmente el tío Elías, que ya modulaba sin conciencia esta voz sin sentido.

—Dime, tú, vocero de secano,—dijo el señor, encarándose con el tío Elías, que así le invocaba y repetía sus invocaciones á cada instante. Dime, si vas á casa del notario llevarás novio y novia.

—Justo.

—Si á casa del cura ó del vicario, novio y novia.

—Justo.

—Pues, para venir á demandar permiso, como para ir á demandar la bendición, debes traer también al novio y á la novia: ó yo no entiendo jota ni de mis derechos ni de vuestros deberes.

—Como el señor quiera. La traeré. Cúmplase su voluntad soberana,—dijo el tío Elías, mientras Santiago tenía que agarrarse á los pliegues de la tienda para no caerse.

—Pues bien, mañana la traerás, que sin verla yo, no quiero se dé á la boda consentimiento expreso, y no se dará. Tengo una

partida de caza, continuación de las fiestas, al bosque oriental del castillo y allí os aguardo con la muchacha.—¿Lo oís?

Inclinaron los tres labriegos la cabeza y se fueron en busca de la salida, más muertos que vivos. Pero al salir,—exclamó el conde.

—Mirad, no importa que Santiaguillo falte; á ese bribón ya le he conocido, traed sin excusa la muchacha.

CAPÍTULO IX.

LA CAZA.

—¡Hacernos venir á caza!—decía Melchor á sus compañeros de orquesta, cargado con su viola, bajo el ramaje de una encina.

—Tiene gracia,—exclamaba el flautista muy enfadado.

—No hay ruido tan contrario á la música, ni el ruido infernal de una fragua, como este concierto de las monterías.

Observaba el arpista, quien, de puro cansado, no podía ya con su arpa ni con su alma.

—Caprichos del poder supremo,—añadió Melchor arrimando el ascua, como de costumbre, á la sardina de sus ideas políticas.

—Y aquí parecemos—añadió un trompetero,—animales que husmeamos algo.

—Justo—dijo Melchor,—á este arbolote lo han tomado por colgadero, y de sus ramas